

en la retina de nuestros ojos. El historiador, que se lo figure en nave áurea con blasones pontificios, bajo dosel imperial, arrastrado por la fuerza que toman del viento las ricas velas de seda, circuido de una tripulacion que brilla como un sarao flotante, debe observar en las ondas rotas por la proa y desfloradas por la quilla, á manera de esos tritones que acompañan haciendo juegos de aguas á las ninfas erguidas sobre sus carros de concha, las artes plásticas, la elocuencia griega, las arengas demostenianas, las academias florentinas, las estatuas clásicas, las figuras que surgen de los cuadros multicolores, las orgías venecianas, los ejércitos de artistas, los coros de musas, la llama vivificadora del sensual Renacimiento. Juan Paleólogo se parece á Eneas, despues de caída Troya, que viene con sus penates y con sus padres al seno divino de la riente Italia, para erigir un nuevo hogar al fuego inextinguible de las sublimes inspiraciones, por las cuales parece que la humanidad pierde su naturaleza terrena y extiende, por virtud de su espíritu, espacios ideales, mucho mas hermosos que los espacios cerúleos. Pobre Emperador, dócil y humilde instrumento de la Providencia, va de Constantinopla á Italia, olvidando antiguas enemistades, á pedir limosna sin saber que lleva en su nave la mayor de las riquezas, la riqueza del Renacimiento, que pondrá su esmalte en las joyas de Guirlandayo, su toque de cincel en las estatuas de Buonarroti, su Verbo helénico en las arengas de Ficino, su color brillante en los cuadros de Ticiano, su línea clásica en las Vírgenes de Rafael, sus Nereidas en los mares de Grecia y de Italia, su calor sobrenatural en las venas ateridas del humano linaje.

Historiadores superficiales suelen decir que este viaje debe estimarse como un viaje teatral y no distinguen la influencia superficialísima que tuvo en los asuntos religiosos de la influencia verdadera que tuvo en las artes y en las ciencias. Su peor aspecto es el aspecto contrario al concilio de Basilea. Distrajo los ánimos de las sesiones de aquel congreso, dividiólo en dos asambleas rivales, produjo un cisma pontificio con otro cisma conciliar; y dilatando la reforma tuvo parte principalísima en la revolucion. De suerte que, sin evitar la entrega de Constantinopla á los turcos, entregó á los herejes la parte indudablemente mas reflexiva de la antigua Europa. No cerró, no, el cisma, sino por breves dias; no destruyó ni por un minuto la oposicion radicalísima entre el

Oriente y el Occidente; no acabó con las competencias de la raza latina y de la raza helénica; y en cambio, contribuyó mucho á preparar la caída de la síntesis latino-germana formada por la inteligencia entre el Pontificado y el Imperio de Occidente. Así suelen ser todas las obras de los hombres. La voluntad individual tiene bien corto radio, y cuando tira á un fin, la voluntad general ó la divina Providencia suelen traer otro inesperado fin. No hay que dudarlo; el aborto de la reforma en Constanza y en Basilea fué el nacimiento de la revolucion en Alemania é Inglaterra. Pero historiemos los sucesos, antes de deducir y de anotar sus lógicas consecuencias y sus providenciales enseñanzas.

La primera ciudad, donde abordó Juan Paleólogo, fué la inmortal ciudad de Venecia, que comenzaba ya entonces á vestirse y adornarse con todas sus preseas. El viajero, que se pasea hoy por sus desiertos palacios y por sus poblados museos, puede ver aun los recuerdos de esta odisea. Necesítase haber visto el escenario para comprender toda la grandeza de la escena. El cielo reluce allí siempre con matices y arreboles de que solo pueden daros idea el deslumbrante colorido de las escuelas venecianas; el mar parece que cuaja perlas y ópalos, que tiene aquí toques de esmeraldas y allá toques de rubíes, como un íris marítimo tendido por las aguas en vez de estar en los aires; las islas se pintan con los reflejos de las ondas y enlazan de tal suerte las arenas brillantes con las hojas y las flores de los árboles, que parece cada uno de aquellos reducidos espacios un paraíso flotante, próximo á irse de las lagunas de San Marcos á las corrientes del Adriático; ostentan sus edificios tal combinacion de mármoles preciosos, de columnas aéreas, de mosaicos brillantísimos, de estatuas ligeras alzadas sobre los botareles y sobre las cúpulas como ascendiendo á los cielos, que os creeríais presa de un sueño fantástico, cuando los veis, segun los realzan los destellos del horizonte iluminadísimo y los espejos de los canales en cuyas aguas se repiten y se reproducen; teatro encantado, cuyas bellezas aumentan los actores, las naves doradas junto á las góndolas negras, las velas amarillas junto á las velas blancas semejantes á gigantescas alas de aves tropicales; los marineros vestidos de raso y los nubios vestidos de púrpura; los pajes con sus dalmáticas de terciopelo y los guardias con sus armaduras de bruñido metal; las damas de ojos negros entrelazando

los zafros en las trenzas enrubiadas y puestas de color de oro; los galanes ceñidos de brocados varios agitando en sus gorras las plumas matizadas; los senadores con sus trajes negros y rojos; el Dux envuelto en tisú y armiño, coronado por la diadema que remata el pintoresco gorro frigio; apercebidos todos á recibir al Emperador de Constantinopla, que sube desde el Lido frente á los esclavones, en numerosa escuadra pontificia, acompañado por el Patriarca griego y seguido de una corte de obispos, arzobispos, dignatarios, cortesanos, ataviados con bizantina riqueza, la cual brilla sobre aquellos últimos restos decadentes de una civilizacion como las joyas sobre las momias, y da ciertamente á Venecia entre los acordes de las músicas, las cadencias de los coros, los repiques de las campanas, los estampidos de los cañones, la lluvia de oropeles y ramilletes, el gallardeo de las banderolas y de las divisas, el oleaje de la poblacion aglomerada en muelles, puentes y embarcaciones, todos los aspectos mágicos de una fiesta fantástica.

El Emperador ha recorrido las islas griegas y ha pasado en aquellos instantes por las costas adriáticas, oyendo los clamores de una poblacion escapada á la cimitarra de los turcos y creida de que van á conjurarse todos sus peligros y de que van á concluirse todos sus males. Pasa luego del Adriático á las lagunas, de las lagunas á las bocas del Pó, entre las aclamaciones de Italia que espera ver á su Santa Roma restaurando el poder religioso latino hasta en el apartado seno de Oriente. En todo este tiempo las fiestas se suceden y las esperanzas salen de las fiestas como las mariposas de las larvas. Pero en cuanto los tratos comienzan, las dificultades surgen. Eugenio IV espera á Juan Paleólogo en su trono; y al llegar este á caballo á la puerta del salon, hay que medir matemáticamente los pasos, á fin de no hacer andar al uno y al otro ni una línea mas de lo debido y poder encontrarse ambos en el punto medio de aquellos espacios, pues á tales etiquetas suelen aferrarse los poderes históricos, cuando mas entrados están ya en su decrepita decadencia y mas próximos á su total perdicion y ruina. Así, no hay decir cómo extrañarían los clérigos helénicos la adoracion al Papa consagrada por los clérigos latinos al besarle las sandalias, y cómo extrañarían los clérigos latinos la altivez de los clérigos helénicos que se limitaron á bajar ante el Papa ceremoniosamente la cabeza. Las ceremonias interesaban mas que las

ideas, prueba evidente de que aquellos organismos iban poco á poco enfriándose y perdiendo todo el calor y toda la intensidad de su vida. Jamás entrara el Emperador en la corte pontificia, si no lo recibieran bajo el palio reservado al Pontífice; y jamás aceptara este mismo palio, si no llevaran sus varas príncipes de familias reinantes. Jamás consintiera en acercarse á la puerta de la sala, donde la recepcion se verificaba, sino á caballo, y despues de haber desmontado toda la comitiva. El Patriarca pasó un día entero y una noche á bordo, por no cuadrarle ni parecerle á la altura de su grandeza el ceremonial de su entrada, que no verificó sino cerciorado de la presencia de cuatro Cardenales, veinticinco Arzobispos y Obispos, la corte pontificia, la nobleza en cuerpo y los soberanos de Este y de Ferrara. Por su parte el Papa, tambien aferrado á las ceremonias propias de una corte como la suya, jamás admitiera de ninguna suerte al clero helénico, sino exigiéndole que los mayores en dignidad le besaran el rostro, los medianos las rodillas, los ínfimos el pié. La presidencia trajo aun mayores litigios. Queríala el Emperador á toda costa, so pretexto de que en los concilios orientales presidió siempre la autoridad civil, como se ve en Nicea y en Calcedonia, donde tuvieron el primer lugar sus antecesores Constantino y Marciano. Trabajo le costó al Papa definir las fronteras respectivas del poder político y del poder religioso y señalar el puesto debido á un Emperador y el puesto debido á un Pontífice. Y así duró muchos días la obra magna de designar los puestos, los tronos, las alturas que debian ocupar cada una de aquellas dignidades tan ganosas de homenajes externos y tan olvidadas de que sobre la espiritual relampagueaba la revolucion religiosa y sobre la civil y laica se extendia la cimitarra de los turcos.

Si tales dificultades encontraban ya en lo externo, en lo convencional, en lo ceremonioso, imagínese cuántas habian de encontrar en lo interno, en lo esencialísimo, en lo dogmático. Creian los griegos en la procedencia del Espíritu Santo y los latinos en la misma procedencia; pero aquellos lo derivaban del Padre solo y estos del Padre y del Hijo á un mismo tiempo; creian los latinos en el purgatorio y no creian los griegos ó por lo menos dudaban; comulgaban los latinos con pan ácimo y los griegos con pan de levadura; aplicaban los latinos el celibato á todos los clérigos y los griegos á unos clé-

rigos sí y á otros no; pedian los latinos que en las deliberaciones se procediese por medio de debates como en las Asambleas y pedian los griegos que se procediese por medio de preguntas y respuestas como en las escuelas; sustentaban los latinos el texto siguiente del símbolo de Nicea: *Patri, filioque procedit*, y sostenian los griegos que el *Filioque* resultaba una falsa interpolacion; sostenian los latinos que los griegos á su vez habian interpolado en los textos originales el *Descendit de cœlis* y el *Secundum scripturas*, y estos lo negaban; de suerte que en ceremonias, en preeminencias, en ritos, en dogmas, en escritura existian disentimientos reveladores de la eterna antítesis existente desde los tiempos mas oscuros de la historia, desde los pueblos mas primitivos de la tierra, desde los asomos y los albores mas lejanos de las teogonías, entre el Oriente y el Occidente.

Las diferencias, que habia necesidad de componer, demandaban mucho tiempo; y el tiempo, que habia necesidad de emplear, demandaba mucho dinero. Emperador, Patriarca, Obispos, Arzobispos, todos los griegos vivian á expensas del Papa. Y el Papa se encontraba muy arruinado, porque los tributos puramente religiosos menguaban al golpe de los decretos de Basilea, y los tributos régios, políticos, menguaban al golpe de los condotieros de Roma. ¿Cómo salir de esta dificultad? Si por pura economía licenciaba el Concilio ¡qué pérdida tan grande para la Iglesia Católica! Y si lo retenia, ¡qué ruina tan irreparable para el tesoro! Todo su poder espiritual se hallaba empeñado en retenerlo, y todo su poder temporal en despedirlo. A tanta angustia se le ocurrió una idea, recurrir á la proteccion de Cosme de Médicis, y demostrar á este cuánto ganaria su Florencia, de la cual se llamaba padre, con recibir y alojar el Concilio. Cosme, que, segun malas lenguas, debiera su fortuna increíble á haberse quedado con las riquezas acumuladas por el Papa Juan XXIII, solia consagrar estas riquezas, no solo al esplendor de su familia y de su persona, sino tambien al esplendor de su ciudad y de su patria. Inteligente, poderoso, espléndido, riquísimo, aquí tenia una academia donde deliberaban los sabios, allí una escuela donde aprendian los niños, en este lado un taller donde trabajaban los artistas, en el otro lado un jardin donde tañian los músicos y cantaban las damas, tres ó cuatro iglesias magníficas en Florencia, tres ó cuatro magníficos monasterios en las colinas cercanas, un

vasto hospital en Jerusalem, institutos de todas clases que hacian de su ciudad el santuario y de su familia el númen de aquel incomparable período, en que comenzaba por todos los horizontes á lucir la alborada inmortal del Renacimiento. Tener el Concilio en Florencia, alojar al Emperador y al Patriarca griegos en aquella República ateniense, ver y tratar á tantos sabios ilustres, departir sobre los problemas mas pavorosos con los hombres de tantas regiones, mostrar aquella severísima é inspirada Florencia, el campanile del Giotto, la rotonda de Santa María dei Fiori, los palacios y las iglesias, tentacion verdadera para la grandiosa alma que sabia gozarse en todos los espectáculos del arte y que sabia prestar culto religioso á todas las grandes é imperecederas ideas. Pero además tenia una razon de secta para desear el advenimiento del Concilio heleno-latino á la ciudad de Florencia. Los Médicis pertenecian á la Academia, y prestaban una devocion tan profunda á Platon como al mismo Jesucristo. La Iglesia latina siempre perteneciera al aristotelismo, la Iglesia griega perteneciera siempre al platonismo; buscábase una síntesis entre ambas Iglesias correspondiente á otra síntesis entre ambas escuelas. ¿Quién podia encontrarla mejor que aquel Cosme de Médicis, latino por sus orígenes y griego por sus vocaciones? El Concilio se trasladó de Ferrara á Florencia, y esta traslacion fué causa de nuevas fiestas, de nuevas recepciones, de nuevos saraos, de nuevos espectáculos. Desde Ferrara á Florencia todo el camino ardió en indescriptibles y universales regocijos.

Pero las deliberaciones se prolongaban mucho y la concordia no llegaba nunca. Cuatro meses tardaron, desde enero á abril de 1348 en contender sobre si San Basilio habia sostenido ó no que el Espíritu Santo dimanaba del Padre y del Hijo juntamente. Para cortar las razones del entendimiento, y cegar las palabras en los labios, el Papa de tal suerte acortó las raciones á los estómagos que los Padres conciliares se morian materialmente de hambre. Algunos llegaron á tal extremo que decidieron partirse, y se hubieran partido, á no impedírsele con descaro la vigilancia extrema de la República. Y en estas largas, la concordia no adelantó nada, porque ni los latinos querian quitar ni los griegos añadir una palabra, en la cual estribaba todo, á los respectivos símbolos de sus respectivas religiones. Por fin, la intriga de Cosme de Médicis pudo mas que la autoridad de Eugenio IV, sobreponiéndose el